

Cuando Sarmiento leyó a Tomás Moro y pensó en una América civilizada...

Mientras duró su exilio en Chile, el argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) escribió importantes textos vinculados con la situación sociopolítica rioplatense, entre ellos *Facundo o civilización y barbarie* (1845), hasta hoy profusamente estudiado. Esta obra despierta interés por su gran influjo en la discusión sobre la identidad americana, como también en el desarrollo de formas literarias posteriores. Desde una óptica distinta, a muchos seduce la especial situación de esta escritura -difícilmente encasillable- mientras otros prefieren atacar su "europeísmo" o defender en el texto la perceptible y fascinante tensión entre lo que denosta, programáticamente, como lo "bárbaro americano" y, por otra parte, la romántica admiración que por el gaucho y su entorno deja entrever.

Pero a *Facundo* se suman otros trabajos menos conocidos, que, sin embargo, en su momento tuvieron una importante recepción, y que nos abren a horizontes de lectura aún no suficientemente explorados. Es el caso de *Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata* (1850), cuyo mayor interés radica en plantear el tema de la utopía en Hispanoamérica, desde una perspectiva cercana a la del *Facundo*.

Varios son los autores que se han interrogado sobre la ausencia de textos "utópicos" en nuestro continente. Curiosamente, ha sido esta tierra el espacio escogido, la materia prima de las proyecciones y sueños europeos. Una revisión del concepto de "utopía" permite abrir esta perspectiva y descubrir que, aún cuando en América no ha tenido lugar lo que se llama "género utópico", propiamente dicho, sí existen pulsiones, intenciones o tensiones utópicas, permanentemente imaginada: la identidad de América ha llegado a constituirse entre su ser y lo que se ha pensado que debiera haber sido¹.

En el continente tiene cabida, si no la utopía literaria, el pensamiento y los rasgos utópicos. La *Argirópolis* anhelada por Sarmiento constituye un ejemplo de ello, un fragmento de la posible historia utópica continental que pide ser reconstruida.

El primer problema que se plantea a quien estudia la utopía, radica en su definición. Como género, presenta un rasgo bastante singular: se constituye a partir de una obra, el texto de Tomás Moro. Parecería conveniente, entonces, caracterizar el género mediante la obra madre, pero, es necesario tener en consideración que el concepto de género es en primer lugar un modelo heurístico dotado de relativa permeabilidad y que a lo largo de la evolución histórica puede tomar temas y procedimientos de géneros vecinos.

De modo que todo depende de la intención, de la perspectiva elegida. A esto habría que añadir lo siguiente: de la palabra "utopía" se desprendió el adjetivo "utópico", con lo cual la

¹ Aínsa, Fernando. De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano. México: FCE, 1992.

utopía, pasó a ser "un estado de espíritu", sinónimo de actitud mental "rebelde", de oposición o de resistencia al orden existente por la proposición de un orden radicalmente diferente. Esta visión "alternativa" de la realidad no necesita darse en una obra coherente y sistemática fácilmente catalogable en el género utópico. Así podríamos definir al "género utópico", como "la facultad de imaginar, de modificar lo real por la hipótesis, de crear un orden diferente al real, lo que no supone renegar de lo real, sino una profundización de lo que 'podría ser'". En cuanto al género, este supondría "la representación de un mundo organizado, específico, previsto en todos sus detalles", como ocurre en La República de Platón, o en la propia Utopía de Tomás Moro, donde todos y cada uno de los aspectos de la vida ciudadana han sido considerados y estrictamente planificados. Sin embargo, pese a que no se cuenta en América con utopías "clásicas", sí se dispone de un rico y variado material utópico. Como en Europa, aquí se repite una constante: el anhelo utópico tiene su origen en una insatisfacción del utopista frente a su momento histórico:... la utopía nace de un sentimiento de rebelión frente a un estado de cosas histórico que se considera insatisfactorio, rebeldía que se acompaña a veces de una observación lúcida de la sociedad en que se vive y que se contrapone a una "realidad imaginaria", así pueden integrarse a lo utópico muchas páginas y textos que sin pertenecer al género utópico propiamente dicho, tienen una "intención" o "modo" utópico...²

De este modo, la crisis de una Europa que abandona la organización medieval e ingresa en lo que se ha llamado su primera modernidad, habría llevado a la inspiración utópica de Tomás Moro, y, posteriormente, de Campanella y Bacon. Esto se constata no sólo en la producción de estos autores, sino en el quehacer de la sociedad europea, un ansia utópica que tuvo como blanco el continente encontrado por Colón³. Por primera vez se produce la tensión entre el ser

² Op.cit. Este doble aspecto de la utopía es destacado por distintos autores. Fernando Aínsa cita a varios de ellos: para Horkheimer, la utopía constituye la "crítica de lo existente y propuesta de aquello que debería existir"; según Massimo Baldini, entraña dos tendencias inherentes al espíritu humano: la curiosidad por el futuro y la necesidad de tener esperanza; Ernst Bloch, por su parte, advierte el carácter utópico-crítico de la mayoría de las utopías; Roger Mucchielli ve su origen en la oposición entre la tiranía y la nostalgia de un mundo mejor y, por último, Karl Mannheim opone lo utópico (contra el poder establecido) a lo ideológico (en el poder). Aínsa concluye: "Lo que resulta común a toda utopía es el rechazo de la realidad que le es contemporánea. Esta actitud de decir "no" a la realidad parece inherente a la condición natural del 'homo utopicus'" (Ibíd., p. 21). Esta dimensión está presente, como se verá más adelante, en Argirópolis, pero también en Facundo. La crítica se encarna en un severo enjuiciamiento de la barbarie americana, y lo utópico, en el deseo de lo civilizado europeo para este continente, lo que en palabras de Arturo Andrés Roig serían las etapas descriptiva (topía) y proyectiva (utopía), inherentes al género en su forma clásica. Ver en: Roig, Arturo Andrés. El pensamiento latinoamericano y su aventura (II). Buenos Aires: Centro Editora de América Latina, 1994.

³ Tomás Moro "no recuerda" en qué lugar de América se encuentra la isla de Utopía descrita por Hitlodeo, quien ha explorado el continente con Américo Vespucio. En La imaginaria Ciudad del Sol, es un almirante genovés quien describe su viaje "a través de una vasta llanura situada exactamente en el Ecuador" y el narrador de la historia de Bacon ha partido "de Perú" y ha encontrado su curiosa isla en una zona desconocida del Mar del Sur. Ver en: Moro, Campanella, Bacon. Utopías del Renacimiento. Prólogo de Eugenio Ímaz. México: F.C.E., 1993., pp. 71, 143 y 235, respectivamente.

de América y las proyecciones que sobre ella se hacen. Surge así un primer momento de "pulsión" utópica: realidad e idealidad pugnan en el imaginario del pueblo americano. A este primer momento seguirán, al menos otros cuatro: la práctica misionera durante la conquista, inspirada en el milenarismo y el pensamiento de los humanistas Moro y Erasmo; los años de la lucha por la Independencia; la organización de los Estados americanos en el siglo XIX ,y, por último, las revoluciones vividas por América durante el siglo pasado⁴. En cuanto al siglo XIX, que es el que nos interesa, podemos hacer una descripción más detallada y distinguir en el período al menos tres momentos utópicos: todavía en el siglo XVIII, pero con una problemática que ya anuncia nuestro siglo XIX, se utopiza desde la ilustración. En el siglo XIX el liberalismo culmina uno de sus ciclos intelectuales más fecundos en utopía. El siglo se cierra con los primeros pasos de la organización del movimiento obrero y ahí reaparece con toda fuerza el género utópico.

El trabajo de Sarmiento se sitúa en aquel período "fecundo" del liberalismo, al cual nos referiremos a continuación. La llamada invención de América trasciende al período del encuentro y la conquista: durante los años que siguen a la independencia de los Estados americanos, una vez más el continente aparece como un lugar por construir, una tierra "joven", poblada por "jóvenes pueblos" que comienzan a discutir los asuntos vinculados con sus identidades e historias nacionales. América es, nuevamente, un lugar sin pasado, donde sobran futuro y espacio para concretar toda clase de experimentos políticos sociales. Esta visión se relaciona con la ideología liberal propia de este siglo, particularmente reforzada por la noción hegeliana de la historia que da lugar, en cierto modo, a la dicotomía civilización/barbarie que postula Sarmiento. Según el filósofo existió una cierta concepción de lo americano necesaria para Europa, la que impulsaría las condiciones ideológicas que llevarían a intelectuales y sectores sociales dominantes de nuestro continente "a internalizar esta visión y asumirse dentro de los marcos de este eurocentrismo", cual sería el caso (aunque, como veremos, con curiosos matices) de Sarmiento. En la visión de Hegel, América es sólo naturaleza; se trata de un continente "inmaduro", donde el hombre, en contacto con lo natural, se ha visto alejado de la libertad. La única forma de colocarlo en la historia es bajo la tutela de

⁴ Por su parte, Arturo Andrés Roig (op. cit.) se refiere a tres etapas del pensamiento utópico específicamente sudamericano: no alude al período previo e inmediatamente posterior al encuentro entre los dos continentes como un momento diferenciado de las tendencias utópicas coloniales, sino que considera una sola etapa, la cual, bajo el nombre de "pensamiento utópico colonial", se extiende entre 1492 y 1824. Le sigue la fase utópica de las Guerras de Independencia (1780-1824), en que subsiste aún el pensamiento utópico cristiano, de raigambre humanista, pero ya se ve un utopismo marcado por el desarrollo moderno y muy fuertemente influido por la Revolución Francesa; finalmente, Roig distingue la etapa de la organización continental (1824-1880). Aunque no ahonda en ello, menciona un cuarto momento: el utopismo socialista y anárquico de fines del siglo XIX, cuyo influjo se habría prolongado hasta la Primera Guerra Mundial. No menciona desarrollos posteriores, como por ejemplo, las propuestas americanistas de la primera mitad de este siglo.

los "pueblos históricos". La filosofía de la historia hegeliana conduce a la "universalización de la representación europea de la historia del Espíritu", con claras consecuencias: no es de extrañar que el pensamiento liberal en la América Latina haya forjado la conocida tesis de "civilización" y "barbarie" dentro de los marcos de esta filosofía europea. También se pensó al continente americano como el cuerpo y a Europa como el espíritu. Todos estos esquemas están articulados sobre una base hegeliana.

Este modelo se ve reforzado por el deseo de las nacientes repúblicas de romper con su pasado colonial, lo que la mayor parte de las veces llevó a excluir de las historias "nacionales" tanto la vinculación con la metrópoli como también cualquier nexo con el desarrollo histórico precolombino. El origen de la historia patria se fechaba en el momento de la Independencia. Tal era el escenario que se presentaba al pensamiento utópico en América, continente que, una vez más, se convertía en la tierra por nacer.

He creído necesario hacer este preámbulo, a fin de que se pueda comprender mejor el sentido utópico de la obra de Sarmiento, *Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*, publicado en 1850, poco antes de la caída del régimen autoritario implantado por Rosas.

Para entender las motivaciones de Sarmiento, es imprescindible hacer, además, una revisión del contexto histórico en que desarrolla su reflexión. El autor de Facundo se exilió en Chile en 1840, producto de las luchas que en su país se libraban desde 1826. Ese año, el recién constituido Congreso declaró en Argentina la vigencia del sistema unitario de gobierno, presidido por Bernardino Rivadavia y con capital en Buenos Aires. A ello se opusieron los caudillos de las provincias, que deseaban un modelo federal de organización, como el instaurado en Estados Unidos. La guerra civil argentina se extendió entre 1829 y 1842. En 1827, los federalistas delegaron provisoriamente la dirección de las relaciones exteriores de las provincias al gobernador de Buenos Aires; en un primer momento, éste fue el Coronel Dorrego y, más tarde, Juan Manuel de Rosas. En 1831, las provincias firmaron un tratado en que se declaraba el modelo federal de gobierno y se acordaba la próxima convocatoria a un Congreso, donde se decidiría el futuro del mandato provisorio ordenado cuatro años antes. Ese Congreso no llegó a realizarse. Rosas, quien gobernó prácticamente solo, ejerció un poder absoluto y brutal. Es contra estas atribuciones y sus consecuencias sociales, políticas y económicas que se rebela Sarmiento. En su ensayo *Argirópolis* hace constante alusión a estos hechos, que han desencadenado el empobrecimiento de las provincias argentinas y un conflicto con Uruguay, en que han tomado parte, a su vez, Francia e Inglaterra. Se trata del sitio a Montevideo, iniciado en 1842. El carácter contingente del discurso sarmientino se

revela ya en el primer párrafo que, a modo de subtítulo, figura en la primera página de su ensayo: “Solución de las dificultades que embarazan la pacificación permanente del Río de la Plata, por medio de la convocación de un Congreso, y la creación de una capital en la isla de Martín García, de cuya posesión (hoy en poder de Francia) dependen la libre navegación de los ríos, y la independencia, desarrollo y libertad del Paraguay, el Uruguay y las provincias argentinas del litoral.”

Integran la obra siete capítulos y una introducción, a los que se suma un "Apéndice" de documentos vinculados con los problemas expuestos en el libro. El siguiente análisis remitirá principalmente al cuerpo central de la obra. Nos detendremos en algunos puntos de interés desde la perspectiva utópica, entre ellos, los aspectos intertextuales que la obra ofrece, el tratamiento del espacio americano como lugar para la instalación de utopos y los modelos organizativos que Sarmiento pretende imitar.

Lo que primero llama la atención en la obra es su título: éste nos pone de pleno en el mundo de la utopía. Como en el texto de Moro, se ha escogido un nombre griego y un espacio insular -este rasgo incluso es subrayado por el argentino cuando enumera las razones que respaldan su propuesta- para desarrollar la república ideal. Por otra parte, el nombre, Argirópolis, remite a los espacios arcádicos: no se trata ya de la Edad de Oro, sino de una Ciudad del Plata que es, en verdad, ciudad de la Plata, como el mismo Sarmiento imagina. Con ello refrenda la visión utópica de los descubridores del Río de la Plata, el Mar del Plata y Argentina. Sarmiento invita a refundar el territorio utópico, rico y pleno de promesas, descubierto por los españoles. En la opción de Sarmiento por ese nombre, se puede cifrar, en gran medida, la hipótesis de que su elección estuvo condicionada por la recepción de obras utópicas, aunque él mismo no llega a mencionar sus referentes literarios. Este punto es importante pues, en la tradición utópica, es prácticamente una constante la alusión a utopías anteriores, lo que se puede ver ya en Tomás Moro, quien en algunos momentos menciona explícitamente a Platón.

Pero, aunque Sarmiento no se hace cargo de ello, los lectores inmediatos de su obra, quienes la comentaron a poco tiempo de su aparición, sí perciben la relación de la isla sarmientina con la imaginada por Moro. Una presentación del texto, correspondiente a la edición de 1896 y aparecida por primera vez en la revista francesa *Liberté de Penser*, nos sitúa en el terreno de una intertextualidad problemática: ¡Argirópolis! Cuantos lectores á la vista de este título van á imaginarse que se trata de alguna República de Utopía, como la Atlántida de Platón, ó la ciudad del sol de Campanella, ó alguna ruina antigua descubierta á orillas del Páctolo. ¡Error! Argirópolis es el título de una obra muy práctica; es el nombre significativo de la capital de los Estados Unidos del Río de la Plata: es una ciudad que puede salir en algunas semanas de la

urna de escrutinio de nuestros representantes, sin que ella cueste á la Francia ni un óbolo ni un soldado; es la gloria de la Asamblea que promueva su fundación; es la tierra prometida para todos los obreros laboriosos que mueren de hambre en la vieja Europa. Argirópolis es una palabra, es el más bello de todos los sueños, pero un sueño realizado, porque es Martín García, en donde flota hoy inútilmente nuestro pabellón á precio de hartos millones, y que mañana daría por el contrario muchos millones al comercio, si nuestro gobierno comprende el magnifico proyecto que le propone el autor de Argirópolis.⁵

En un solo párrafo se está remitiendo el trabajo de Sarmiento a los textos de Moro, Platón y Campanella, si bien distinguiéndolo de ellos -"Argirópolis es el título de una obra muy práctica"-, hermanándolos por su título y, más tarde, a través de una serie de enunciados que contradicen al primer aserto: la capital propuesta por Sarmiento deja de ser la "ciudad que puede salir en algunas semanas de la urna" y se convierte en "la tierra prometida" para el proletariado europeo, como también en "el más bello de todos los sueños", incomprensible aporía del "sueño realizado" que está por realizarse. El propio Sarmiento define su propuesta como un sueño que, sin embargo, tiene el poder de ennoblecer al pueblo, al tiempo que necesita subrayar, para validar su texto, el carácter práctico que entraña: su factibilidad.

Vinculado con el tema anterior, aparece el problema del espacio. La isla de Sarmiento recuerda, sin duda, las islas de Tomás Moro y Francis Bacon; sin embargo, como se verá, la cartografía utópica esconde aquí otros sentidos.

Si bien el insularismo es una de las características del género utópico, ya se trate de islas como de lugares aislados (al modo de la Ciudad del Sol de Campanella o bien, del reducto holandés imaginado por James Burgh en la Patagonia). Sin embargo, tradicionalmente este insularismo representa una actitud mental, de la que la isla clásica no es sino la representación ingenua. Corresponde a la convicción de que sólo una comunidad al abrigo de las influencias disolventes del exterior puede alcanzar la perfección de su desarrollo; entraña, evidentemente, una autarquía y una autonomía casi absolutas.

Indudablemente, el sentido que le da Sarmiento a la construcción de una capital (y aduana) insular es muy distinto. El argentino, a diferencia del utopista "clásico", desea fomentar el comercio y las comunicaciones, por una parte, y, como se verá, reunir distintas naciones en una gran confederación, para lo cual, por su ubicación geográfica, la isla parece un garante de neutralidad y respeto. Sin embargo, la propuesta entraña aún otro significado: el escritor argentino busca fundar la capital de modo que las provincias ya no se disputen entre sí la

⁵ Sarmiento, Domingo Faustino. Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata. Buenos Aires: Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1896, p. 71

primacía y que Buenos Aires, ciudad acromegálica, no se transforme en un monstruo, permitiendo relaciones e intercambios más equitativos. El lugar escogido para lograr estos fines, a diferencia de Buenos Aires y el resto de las cabezas de provincia, se ubica fuera de la gran unidad de la llanura: se trata de una isla. En la obra sarmientina, ello esconde un propósito bastante claro: marcar la diferencia entre la ciudad capital, culta y europeizada, y la pampa bárbara que dibuja ya en el Facundo. Si hay algo que Sarmiento desea aislar y proteger no es tanto un modelo de gobierno (sea este democrático o aristocrático; federal o unitario; parlamentario o presidencial), sino su idea de civilización.

En el Facundo, su autor se refiere a la Argentina como un territorio dispuesto para el gobierno unitario. Ello se debe a su constitución geográfica: la llanura convoca a esta forma de organización, que el federalista Rosas ha impedido para instaurar, paradójicamente, un gobierno centralizado y autoritario en Buenos Aires: “ El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado, sin una habitación humana son, por lo general, los límites incuestionables entre una y otras provincias...⁶ (...) Esta es la historia de las ciudades argentinas ...⁷

Esta idea es recurrente en el Facundo: "El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas"⁸, "la ciudad es el centro de la civilización argentina, española europea"⁹. La llanura como obstáculo para el desarrollo de las ciudades figura nuevamente, aunque en forma menos directa, en Argirópolis: La República Argentina (...) es un país despoblado desde el estrecho de Magallanes hasta más allá del Chaco. En el interior hay una población reducida en número, y nula en cuanto á capacidad industrial; porque no ha heredado de sus padres ni las artes mecánicas, ni las máquinas que las auxilian, ni el conocimiento de las ciencias que las dirigen y varían.¹⁰

La América española se distingue por la superficie desmesurada que ocupan sus ciudades apenas pobladas; y el hábito de ver diseminarse los edificios de un solo piso en las llanuras, nos predispone á hallar estrecho el espacio en que en Europa están reunidos doscientos mil habitantes. De este despilfarro de terreno viene que ninguna ciudad española en América pueda ser iluminada por el gas ni servida de agua, porque el costo excesivo de los caños que deben distribuir una ú otra no encuentran cincuenta habitantes en una cuadra...¹¹

⁶ ídem anterior pág. 21

⁷ ídem anterior, pag. 70-71

⁸ ídem anterior, pag 49

⁹ ídem anterior, pág 29

¹⁰ ídem ant. pág.94

¹¹ ídem ant. pág.87

El espacio como excedente y naturaleza indomable es un motivo que no se puede dejar de lado al momento de analizar el texto. Sarmiento postula toda una reorganización del espacio nacional, redefiniendo las fronteras y reconociendo el territorio. Pareciera que la geografía se agranda después de la ruptura del espacio colonial. La solución al problema es la isla, pequeña y fácilmente fortificable, hasta donde no podrá llegar "el cuchillo del gaucho" al que el autor desprecia y, a la vez, admira. Se constituirá una cultura marítima, que Sarmiento asocia con la prosperidad de distintas civilizaciones. De esta forma, la cuenca del Plata podrá entrar de lleno en la modernidad (siglo XIX europeo) y dejar atrás el feudalismo, la Edad Media (siglo XII), transición que Sarmiento tan bien intuye centrada en el desarrollo urbano. Por último, se instala la civilización en una isla cuya "situación extranjera" (así se refiere a ella el propio autor) parece conferirle un aura especial. La intervención francesa le garantiza al intelectual argentino la protección necesaria para el desarrollo de la promesa civilizatoria.

En la isla, el intelectual argentino proyecta un ideal deseable para el conjunto de la república. Argirópolis se presenta como imagen de un "argiropaís": "El topos de la capital es la isla, pero la isla no resume toda la utopía". Argirópolis, "por no ser de nadie representaría al todo. Por carecer de significado en sí, sería el significado que podría remitir el conjunto. La isla es la polis de la plata, pero representa supletoria y paradigmáticamente a todo el país confederado". Tal vez se puede ir más allá y aseverar que en la isla se condensa la imagen de la América "nonata". En ella se proyecta una nueva civilización, salida de la nada, totalmente planeada, organizada por los hombres, que habrá de superar la barbarie americana e instaurar los modelos europeo y norteamericano. Ahora bien, más que instalar formas de gobierno u organización específicas, basados en modelos filosóficos o éticos, se busca imitar el progreso de estas naciones, progreso que Sarmiento parece idealizar. Es por ello que, al revisar Argirópolis, no es posible encontrar un programa de gobierno, una propuesta pedagógica, una definición del sistema de propiedad. Su desiderata es el progreso, principalmente económico. Argirópolis se situará a orillas del mar, como Venecia y otras ciudades florecientes en el pasado. Será una capital creada por la nación, como Washington en Estados Unidos. El empleo que se le dará a los ríos deberá ser semejante al trato que dan los norteamericanos a sus recursos hídricos, principalmente al Mississippi. La constitución elaborada por el Congreso será federal; en lo demás, debe ceñirse a lo que indican otras constituciones, a las fórmulas básicas que siempre están presentes. Se puede decir, entonces, que la utopía de Sarmiento es de tipo tecnológico y comercial, básicamente. Si se considera el total de la obra de Sarmiento y su particular determinismo geográfico, se puede lograr una aproximación más

global y apreciar claramente la impronta ética de esta propuesta, que hace deseable el modelo civilizado europeo y denigrante la barbarie americana.

Argirópolis, si bien un texto menos conocido que el Facundo, ha logrado generar un debate en torno a su naturaleza utópica. El cual podría denominarse una "utopía realista". Dado que en un texto que combina los tópicos del género inaugurado por Moro con un proyecto político concreto, que aspira a dar una salida al régimen de Rosas.

La persecución de modelos es, por lo demás, una manifestación clásica del pensamiento utópico. Hay que destacar, por cierto, que en la utopía los rasgos reales del modelo suelen ser estereotipados. Como se ha visto, en este texto ocurre a la inversa que en las obras europeas que tienen a América como foco utópico: Sarmiento cifra su esperanza y su deseo allende el Atlántico (necesita incluso la intervención del grupo humano europeo), pero ocupando una vez más aquello que a nuestro continente "le sobra".

Al criticar el orden existente y proponer un mundo alternativo (contra-imagen) de lo que "es", nada mejor que disponer de la "tábula rasa" del futuro. Este es el "tiempo del anhelo" del que han hablado otros filósofos y poetas. El futuro ha podido simbolizarse.

Es imposible sustraer el análisis de Argirópolis de estas consideraciones. Por supuesto, hay aquí un proyecto político, pero también hay un anhelo, un "sueño", en el decir del propio Sarmiento, que se fundamenta en gran medida en el pensamiento liberal, "progresista" de la época. Si bien ello no desmiente los elementos utópicos que indudablemente hay en el texto, nos recuerda que ellos surgen de una determinada realidad política, social y filosófica que los condicionan. Aunque la obra no parece calzar con la visión de la utopía clásica, hay que considerar que la definición del género y el género mismo nacen en Europa y, como han venido señalando los llamados "nuevos críticos" americanos, que no es justo medir nuestra literatura desde una visión eurocentrista. Quizás producciones como Argirópolis son hitos importantes en la génesis de una forma literaria específicamente continental. No pretendemos abordar aquí esa discusión: basta con tenerla presente cuando se piensa en la permanente desiderata de la americanidad.

Profesora Graciela Noemí Carám